POLITICA, DERECHO, MATRIMONIO Y DIVORCIO.

Hugo Tagle Martínez
Profesor de Filosofía del Derecho
Pontificia Universidad Católica de Chile

La comunidad nacional, en especial la religiosa, concretamente la católica, e incluso la académica, aun cuando esta última en notable menor medida - lo que es paradójal y preocupante - ha estado ocupada en los últimos meses del tema del matrimonio y del divorcio.

Con este artículo pretendo contribuir al debate, refiriéndome a la idea de que el divorcio vincular puede ayudar a resolver la crisis matrimonial y familiar que afecta a un porcentaje no cuantificado de matrimonios y que al establecerse por el estado el derecho de que el verdadero matrimonio es el que puede disolverse se beneficiaría a los matrimonios presentes y a los futuros.

Antes de entrar a tratar el tema, creo conveniente precisar en primer lugar, qué es la política, pues a ésta, en especial a la actividad del gobernante, le corresponde establecer como jurídica una determinada concepción del matrimonio, aunque no de modo exclusivo, pues también la autoridad eclesiástica tiene este mismo derecho y deber.

La política, en nuestro concepto, es el saber y la actividad ordenados al bien común civil, que practica - o debe practicar - principalmente el gobernante; en ella éste no está subordinado a los gobernados, en especial en los principios, sino que a la verdad y al bien, que no dependen de la voluntad de los hombres expresada en la estadística, sino que del ser mismo de las cosas, que todo hombre, en especial quien gobierna, debe descubrir con su razón. Por último, el bien común - definido más adelante - es procurado por el gobernante mediante el derecho que a él le corresponde dictar, que deber ser el verdadero o justo derecho y no uno falso o injusto que engañe a la comunidad apartándola de su bien.

En segundo lugar creo conveniente precisar qué es el derecho. De las varias definiciones que se pueden dar de él, en un nivel positivo, prefiero la que afirma que es un conjunto de normas de conducta social, que derivan de la esencia del hombre y que la autoridad impone como obligatorias para obtener el bien común.

En Tercer lugar, creo también conveniente precisar qué es el bien común, objetivo simultáneo del derecho y de la política. El bien común puede ser definido como la máxima perfección del hombre, o como el conjunto de condiciones que favorecen la per-

fección del hombre. En el contenido del bien común se puede distinguir un máximo y un mínimo de perfección o bien posible de conquistar, por debajo del cual la sociedad se enferma de gravedad y corre el riesgo de morir o cambiar sustancialmente.

En cuarto y último lugar debemos definir qué es el matrimonio, por ser el tema central de este artículo, definición que no le corresponde dar al derecho, menos al derecho positivo, sino que a la filosofía - en este caso por ser un tema jurídico, a la filosofía del derecho - ya que ésta, como saber fundante da las definiciones metafísicas o universales de todos los entes, las que debe recoger el gobernante para dictar el derecho.

Pero antes de definir al matrimonio es necesario plantear la pregunta de cuál es la relación de varón con mujer - pues el matrimonio apunta a esta relación - más adecuada, verdadera y buena para la perfección o felicidad de ambos, para la procreación y educación de los hijos y para el bien de toda la sociedad, pues la que reúne estas características es la ontológica o verdadera y, por tanto, la jurídica y, por consiguiente, la que debe reconocer la autoridad política por razón de bien común.

Del matrimonio cabe, en hipótesis, dar dos definiciones por su forma, que son, una, que lo defina como indisoluble y la otra, por el contrario, que lo defina como disoluble; pero, como es obvio, ambas no pueden ser verdaderas o justas, ya que son, como es evidente, contradictorias. Ahora bien, todo ente es y se perfecciona por su materia, en el caso del matrimonio sus sujetos y principalmente por su forma, que en los entes de relación es el orden o vinculación entre ellos, que puede ser transitorio o disoluble o, por el contrario, indisoluble.

Por consiguiente, en el matrimonio - que es ente accidental de relación - la alternativa es si tiene como forma la unión disoluble o la unión indisoluble de los cónyuges.

Si la respuesta es la primera, la conclusión necesaria es que el matrimonio perfecto sería aquel que menos permaneciese, que los cónyuges pudiesen disolver con o sin causa, incluso por decisión unilateral de cualquiera de ellos, ya que la forma disoluble es más perfecta en tanto cuanto con mayor facilidad se la puede disolver, ya que los entes se perfeccionan principalmente por la actualización de su forma y por esta razón metafísica el matrimonio verdadero no puede ser una unión disoluble entre los cónyuges, pues un ser no resulta apto para conseguir los fines señalados en el párrafo octavo de este artículo; por consiguiente, al no existir una tercera posibilidad de la forma del matrimonio debe reconocerse que la causa formal del mismo es la relación indisoluble de los cónyuges.

Además, hay tres poderosas razones morales por las cuales el matrimonio es indisoluble, que son la educación de los cónyuges, la procreación y, educación de los hijos y, en último término, el bien de toda la sociedad.

Por tanto, la definición verdadera del matrimonio es aquella que lo define como un contrato - causa eficiente - entre un hombre y una mujer - causa material - que se

unen actual e indisolublemente - causa formal - para vivir juntos, procrear y auxiliarse mutuamente - causa final.

Al ser el matrimonio por su misma esencia indisoluble, el derecho dictado por la autoridad debe reconocer esta verdad, pues ella no tiene la facultad de engañar a la comunidad dictando un derecho falso o injusto, como sería considerar al matrimonio como un contrato que se pueda disolver, el que por su indudable importancia social su indisolubilidad queda en el nivel mínimo moral exigible a quienes se casan, por razón de bien común de toda la sociedad, que un hombre de ideal socialista debe aceptar para no caer en contradicción, más claramente que un hombre de ideal individualista que tiende a valores en más, equivocadamente, su bien personal antes que el social.

Si en nuestra sociedad hay matrimonios que fracasan, la solución para ellos y para toda la comunidad no puede consistir en falsear lo que es el matrimonio, considerándolo disoluble, falseamiento que es más grave que el delito de entregar moneda falsa por parte de la autoridad, sino que en legislar para ordenar las eventuales relaciones que se establezcan al margen de él y sus efectos.

El hombre de nuestro tiempo, por tener una sensibilidad, por consiguiente, enferma, considera a quien fracasa en el matrimonio pretendiendo disolverlo, sólo o principalmente como una víctima - inocente o culpable - y no lo visualiza también, ni menos exclusivamente, como victimario que con grado menor o mayor de responsabilidad causa un grave daño a la sociedad al romper su matrimonio, en especial si de éste han nacido hijos.

Nadie discute, entre quienes aceptan la esencial libertad del ser humano, que aquel que con conciencia y voluntad causa un daño a otro o a la sociedad merece ser castigado en proporción al grado de conciencia y voluntad con que causó dicho daño y a la gravedad del mismo; en el caso particular de los cónyuges que se separan, no cabe duda que causan un daño social, en especial si tienen hijos, ya que éstos serán en alguna medida abandonados por un o por ambos cónyuges, con el consiguiente perjuicio para ellos y la comunidad; frente a este resultado, que nadie discute, la autoridad, al parecer no tiene medios para castigar a quienes así actúan, no obstante el grave daño que causan a la sociedad, cuyo bien a aquella le corresponde defender.

Así ocurre que la sociedad civil, que está fundada sobre el matrimonio, lo está sobre un fundamento que resulta débil en cuanto a la posibilidad jurídica de ser defendido por medidas normativas de carácter penal, por lo que resulta que el matrimonio sólo puede ser protegido por la moral de los contrayentes que lo vivan del modo indisoluble, que corresponde al verdadero ser del mismo, que la autoridad debe sancionar jurídicamente, principio básico de su protección y defensa.

La crisis, el quiebre y, por último, el divorcio de un matrimonio es causa de males para los hijos, si los hay, y para toda la sociedad, como es bien sabido, pero también es efecto de males anteriores, pues ningún efecto se produce sin causa. A continuación se-

ñalaré, con brevedad, a éstos últimos, según mi parecer, ya que de los primeros bastante se ha escrito y porque la ocurrencia de aquellos favorece en definitiva el divorcio, pues en este tema se produce lo que se llama círculo vicioso, en que el efecto es a sus vez causa de lo que lo produjo.

A mi juicio, las causas por las cuales un matrimonio puede terminar en divorcio son de distintas índole y, por tanto, variada influencia, las que podrían dividirse en físicas, económicas, psicológicas, intelectuales, morales y religiosas.

La causa física consiste en la poca edad en que se suele contraerlo y en la pérdida de la virginidad, o que de hecho es lo mismo, en la práctica de la sexualidad anterior al matrimonio, que favorece la desconfianza y la posterior infidelidad entre los cónyuges, pues la que erróneamente se llama libertad sexual antes del matrimonio, quienes la han vivido tenderán a continuarla dentro de él, con lo que éste pierde su carácter de relación única entre un hombre y una mujer y así se facilita la comisión del divorcio.

La causa económica consiste en la falta de recursos materiales como para tener una vida matrimonial y familiar adecuada; como también que aquellos sean provistos única o mayoritariamente por la mujer y no por el marido, hecho que coloca a éste en incómoda situación y lo induce a abandonar el hogar igualmente y en el extremo opuesto, consiste en un exceso de bienes materiales concentrados en el hogar, que hace de éste un lugar poco acogedor que dificulta en lugar de favorecer la convivencia matrimonial y familiar.

La causa psicológica consiste, principalmente en la dificultad, que puede llegar a incapacidad, para establecer y mantener vínculos personales profundos y prolongados, a los que se sienten como inhibidores de la libertad personal y así se exageran los defectos ajenos, en este caso del cónyuge, a los que se valoran y sienten como insoportables, a los cuales se culpa - y por lo tanto a la persona que los tiene - de hacer imposible la convivencia.

La causa intelectual consiste en una inexistente o al menos deficiente instrucción de la juventud con respecto a la naturaleza de la vida social en general y de la particular del matrimonio y de las virtudes que se requieren para vivir positivamente aquella o esta sociedad, de tal modo que quienes se sienten con vocación para contraer lo hacen sin los conocimientos - más bien con graves errores conceptuales - como para vivirlos según lo que él es, además de tener una visión equivocada con respecto a sus deberes y derechos en el mismo y de los renunciamentos que a ambos cónyuges el matrimonio les impone.

La causa moral consiste, por una parte, en una insuficiencia, que llega a ser grave, del conocimiento y de la vivencia de las virtudes morales naturales que son necesarias para una ordenada vida personal y social y por otra, que afecta centralmente al matrimonio, en que el hombre de hoy - varón y mujer, joven y adulto - tal vez más que nunca antes, vive dominado mentalmente por el sexo, principalmente en su reducido ámbito corpóreo y genital, que lo lleva a desear el goce sensible por encima de cualquier otro

bien, sobredimensionando su importancia, a cuya equivocada visión y práctica contribuyen con fuerza avasalladora los medios de comunicación social, ante los cuales la educación formal, que este orden como en el anterior es inexistente o parcial y la de los padres de familia, poco y nada hace y pueden hacer, respectivamente, para corregir este mal.

La causa religiosa, por último, consiste en que el hombre de hoy, envanecido por sus conquistas en la ciencia y en la técnica y por el progreso material, se considera autosuficiente como para resolver por sí mismo y sin la ayuda de Dios todos sus problemas y así prescindir de Él y de su auxilio para enfrentar las dificultades que inevitablemente le presentan su propia debilidad y la de sus semejantes.

Si ocurriese la desgracia de que se llegase a dictar una ley de divorcio con disolución del vínculo - ya que el divorcio sin tal disolución es ley vigente - no mejoraría la situación de los matrimonios existentes y de los que en el futuro se celebren, sino que, por el contrario, estarían desprotegidos por un derecho injusto o falso y toda la sociedad se perjudicaría; pero incluso, si no se dictase tal ley, mientras no se actúe con eficacia para en lo posible erradicar las causas que influyen en los fracasos matrimoniales, éstos inevitablemente se seguirán produciendo, pues al mal que es el divorcio hay que atacarlo en sus causas, esto es, antes que se llegue a él incluso con prescindencia de sus efectos extramatrimoniales, pues él es un mal en sí mismo.